

templando en Vos a la Madre de mi Señor y Madre también mía, que con tan generosa solicitud ha cuidado de mi salvación? ¿Cuándo besaré esas manos bienhechoras que tantas veces me sacaron de las fauces del infierno y me prodigaron tantas gracias cabalmente cuando, por mis pecados, merecía ser odiado y abandonado de todos? Señora, durante mi vida os he sido muy ingrato; mas si con vuestro auxilio voy al Cielo, repararé todas mis ingratitudes. Sí, allí os amaré con todas mis fuerzas, sin descanso, por toda la eternidad, y os bendeciré y daré gracias sin fin.

Doy a Dios infinitas gracias por haberme inspirado tanta confianza en la Sangre de Jesucristo y en Vos, de quien espero firmemente me habéis de salvar, librándome de mis pecados y alcanzándome luz y fuerza para hacer la voluntad de Dios, y me habéis de conducir, por fin, al puerto de la Gloria. Lo mismo han esperado vuestros siervos, y ninguno ha visto frustradas sus esperanzas. Yo tampoco veré frustradas las mías. ¡Oh, María!, no os pido otra cosa: Vos me habéis de salvar. Rogad a vuestro Hijo Jesús -como yo mismo se lo pido por los méritos de su Pasión- que me conserve y acreciente siempre en mí esta confianza, y me salvaré. Amén.

Tres Avemarías.

VIERNES.

Oración a María Santísima para alcanzar la gracia de amarla a Ella y a su Divino Hijo.

¡Oh, María!, yo creo firmemente que Vos sois la criatura más noble, más sublime, más pura, más bella, más benigna, más santa -en una palabra- más amable de todas las criaturas. ¡Oh, Señora mía, si todos os conociesen y amasen como lo merecéis! Pero consuélome al pensar que tantas almas bienaventuradas, en el Cielo y en la Tierra, viven enamoradas de vuestra belleza y bondad. Sobre todo, me alegro porque el mismo Dios os ama a Vos sola más que a todos los hombres y a todos los Ángeles juntos. Reina mía amabilísima, yo, desventurado pecador, también os amo, pero no os amo bastante, y quiero amaros con un amor más grande y más tierno; pero este amor Vos me lo habéis de alcanzar, ya que el amaros es una gran señal de predestinación y una gracia que Dios no concede sino a los que quiere salvar.

Por otra parte, veo, Madre mía, cuán obligado estoy a vuestro Hijo; veo que Él merece un amor infinito. Vos, pues, que nada deseáis tanto como verle amado, me habéis de alcanzar, sobre todo, la gracia de un grande amor a Jesucristo. Vos alcanzaréis de Dios cuanto queréis; obtenedme, pues, la gracia de ser tan obediente y sumiso a la divina vo-

luntad, que nunca jamás tenga la desgracia de oponerme a ella.

No os pido bienes de la tierra, ni honores, ni riquezas; os pido lo que más desea vuestro Corazón: quiero amar a mi Dios. ¿Será posible que no queráis ayudarme en este mi deseo, que tanto os agrada? No; que ya me ayudáis, ya rogáis por mí. Rogad, rogad, y no dejéis nunca de rogar hasta que me veáis en el Cielo, a cubierto del peligro de volver a perder a mi Señor y seguro de amarle siempre, juntamente con Vos, carísima Madre mía. Amén.

Tres Avemarías.

SÁBADO.

Oración para alcanzar el patrocinio de María Santísima.

¡Oh, Madre mía Santísima!, veo las gracias que me habéis alcanzado, y también la ingratitud con que os he correspondido. El ingrato se hace indigno de recibir beneficios; pero no por eso quiero desconfiar de vuestra misericordia, la cual es mayor que mi ingratitud. ¡Oh, gran Abogada mía, tened piedad de mí! Vos sois la dispensadora de todas las gracias que Dios nos concede a nosotros, miserables pecadores, y si os ha hecho tan poderosa, tan rica y tan benigna, ha sido para que nos socorráis en todas nuestras miserias. Por favor, ¡oh, Madre de misericordia!, no me abandonéis

en mi pobreza. Vos sois la Abogada de los pecadores más abandonados y culpables que a Vos recurren; defendedme también a mí, que a Vos me encomiendo. No me digáis que mi causa es difícil de ganarse; porque las causas más desesperadas, cuando Vos la defendéis, todas tienen feliz éxito. En vuestras manos, pues, pongo mi eterna salvación, a Vos confío mi alma: perdida estaba, pero Vos con vuestra intercesión la habéis de salvar. Quiero ser inscrito en el número de vuestros más favorecidos siervos: no me desechéis. Vais en busca de los miserables para aliviarles el peso de sus miserias; no abandonéis, pues, a un miserable pecador que a Vos recurre. Interceded por mí.

Vuestro Hijo hace cuanto Vos le pedís; tomadme, pues, bajo vuestra protección, y esto me basta. Sí; porque si Vos me protegéis, ya nada temeré: no temeré mis pecados, porque Vos me alcanzaréis remedio para el daño que me han ocasionado: no temeré a los demonios, porque Vos sois más poderosa que todo el Infierno: no temeré a mi propio juez, Jesús, porque con una sola súplica vuestra se aplaca. Tan sólo temo que, por descuido mío, deje de encomendarme a Vos y así me pierda. ¡Oh, Madre mía!, alcanzadme el perdón de todos mis pecados, el amor a Jesucristo, la santa perseverancia, la buena muerte y, por fin, la eterna Gloria. Pero especialmente alcanzadme la gracia de encomendarme siempre a Vos.

Es verdad que estas gracias son favores demasiado grandes para un criatura tan indigna como yo;

mas no lo son para Vos, que sois tan amada de Dios, y que por lo mismo os concede cuanto le pedís. Basta que le digáis una sola palabra, que El nada os niega. Rogad, pues, a Jesús por mí; decidle que Vos me protegéis, que El no dejará de apiadarse de mí. ¡Oh, María, Madre mía!, en Vos confío, en esta esperanza descanso y vivo y con ella quiero morir.

Amén.

Tres Avemarías.

¡Viva siempre Jesús, nuestro amor, y María, nuestra esperanza!

La Santidad de Pío VII concedió trescientos días de indulgencia o perdón por cada día que se rece una de estas oraciones y a los que las digan todo el mes y en él confiesen y comulguen, una plenaria.

CAPÍTULO III.

PRÁCTICA DE LAS PRINCIPALES VIRTUDES.

1. De la humildad.

Quien no es humilde, no puede agradar a Dios; porque el Señor no puede sufrir a los soberbios. El tiene prometido escuchar a los que imploran su auxi-

lio; pero si el que le pide es soberbio, no le atiende, mientras que, por el contrario, concede a manos llenas sus gracias a los humildes. Dios -dice el Apóstol Santiago- *resiste a los soberbios, mas a los humildes les da su gracia.* (21)

Dos suertes hay de humildad, conviene a saber: humildad de ENTENDIMIENTO y humildad de VOLUNTAD.

La humildad de entendimiento consiste en tenernos en lo que realmente somos: ciegos e ignorantes, y juntamente incapaces de hacer cosa buena. Todo lo bueno que tenemos y hacemos nos viene de Dios.

Para practicar la humildad de entendimiento, es menester:

1.º.- No fiarnos nunca de nuestras fuerzas ni de nuestros propósitos y resoluciones, sino desconfiar y temer siempre de nosotros mismos. *Trabajad con temor y temblor en la obra de vuestra salvación.* (22) -escribió San Pablo a los fieles de Filipos. «Quien no teme -decía San Felipe Neri- ya puede darse por perdido.»

2.º.- No vanagloriarnos de nuestras cosas, como de nuestros talentos, de nuestras obras, de nuestra familia, etc.

(21) Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam. (*Jac.*, IV. 6.)

(22) Cum metu et tremore vestram salutem operamini, (*Phil.*, II, 12).

Por eso, es bueno no hablar nunca de nosotros, como no sea para declarar nuestros defectos. Y aun es mejor no hablar de nosotros ni en bien ni en mal, porque no pocas veces, en el mismo mal que se dice, aparece el vano deseo de ser alabados o, a lo menos, ser tenidos por humildes; y de este modo la humildad sirve de máscara al orgullo.

3°.- No enojarnos ni indignarnos contra nosotros mismos después de alguna falta.

Enojarse de esta suerte no es humildad, sino soberbia y juntamente traza y ardid del demonio para hacernos desconfiar y dejar la vida santa.

Después de una falta, digamos con Santa Catalina de Génova: «Señor, estos son los frutos de mi huerto»; humillémonos, hagamos un acto de amor a Dios y de contrición, y volvamos a levantarnos con el firme propósito de no recaer con el auxilio de la divina gracia. Así hemos de hacer siempre después de cada falta, sin darnos nunca por vencidos.

4°.- No admirarnos de las caídas de los otros, antes compadecerlos, dar gracias al Señor por habernos librado de caer y rogarle que nos tenga siempre de su mano; pues, obrando de otro modo, podría el Señor castigarnos con permitir que cayéramos en los mismos pecados, y quizá en otros más graves.

5°.- Tenernos por los mayores pecadores del mundo, y esto aun cuando supiéramos que otros sean más

culpables que nosotros; porque nuestros pecados, cometidos después de tantas luces y gracias divinas, hácense más graves a los ojos de Dios. «No os lisonjeeis -decía Santa Teresa- de haber dado un solo paso en los caminos de la perfección, mientras no os tengáis por la más ruin y malvada de las criaturas y no ardáis en deseos de veros tratado como tal.»

* * *

La humildad de VOLUNTAD consiste en complacerse en los menosprecios.

Quien ha merecido el infierno, merece ser pisoteado eternamente por los demonios.

¿Qué lección quiso darnos sobre todo Jesucristo? - *Aprended de Mí -dijo- que soy manso y humilde de corazón.* (23)

Muchos son humildes de boca, pero no de corazón. Les oiréis decir: «Soy el más miserable de los hombres; merezco mil infiernos.» Y luego si alguno los reprende o les dirige una palabra picante, veréis que al punto se alzan altaneros: son como los erizos, que, apenas se les toca, no muestran sino espinas ¡Cómo! Acabas de decir que eres el más miserable de los hombres, y ¡ahora una palabrita lo convierte en un volcán de ira! «El que es verdaderamente humilde -dice San Bernardo se tiene por

(23) Discite a Me, quia mitis sum et humilis corde. (*Mt.*, XI, 29.)

vil y despreciable y quiere que los demás le tengan por tal.»

* * *

Para practicar la humildad de voluntad, es menester:

1º.- Recibir con paz y agradecimiento cualquiera amonestación. «Cuando se reprende al justo -decía San Juan Crisóstomo- duélese de su falta; mas, si se reprende al soberbio, sólo se aflige porque es conocida su falta.» Por injusta que sea una acusación, los Santos no se disculpan ni defienden, sino que se callan contentándose con ofrecerlo todo a Dios, a menos que se trate de evitar un escándalo.

2º.- Sobrellevar con paciencia las injurias y baldones que se reciben y amar aún más a los que nos menosprecian.

Ésta es la piedra de toque para distinguir a una persona verdaderamente humilde y Santa: a la que se enoja en tales ocasiones, tenla por una caña vacía, aun cuando obre las más estupendas maravillas.

«El tiempo de las humillaciones -decía el Padre Baltasar Alvarez- es el más a propósito para atesorar méritos.» Ganarás más recibiendo sin alterarte un menosprecio que ayunando diez días a pan y agua.

Bien hace el que se humilla; pero hace mucho mejor el que acepta la humillaciones que le vienen

de los demás; porque en éstas hay más de Dios que de nosotros, y, por lo mismo, nos son más provechosas.

Y ¿qué sabrá hacer un cristiano que no sabe sufrir una humillación por Dios? ¡Ah! Y ¡qué no sufrió Jesucristo por nosotros! ¡Fue abofeteado, escarnecido, golpeado, escupido al rostro!... Si amamos, pues, a Jesucristo, lejos de indignaros, nos gozaremos en los desprecios, que nos hacen semejantes a El.

2. Práctica de la mortificación.

Si alguno quiere venir en pos de Mí -dice Jesucristo- niéguese a sí mismo y cargue con su cruz, y sígame. (24)

No es posible ser discípulo de Jesucristo sin negarse a sí mismo, o, en otros términos, sin mortificar el amor propio. Si queremos salvar nuestra alma, menester es sobreponerse a todo para lograrlo todo. ¡Desventurada el alma esclava del amor propio!

Dos suertes hay de mortificación: INTERNA y EXTERNA.

La mortificación INTERNA consiste en vencer las pasiones, y especialmente la que más nos domina;

(24) Si quis vult post Me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur Me. (Mt., XVI, 24.)

quien no vence la pasión dominante corre grave peligro de perderse, al paso que quien logra vencerla, tendrá fácilmente a raya a todas las demás pasiones. Personas hay que, dejándose dominar por un vicio, no dejan por eso de creerse virtuosas, porque se ven libres de los defectos que advierten en otras. Pero «qué importa que no haya en la nave -dice San Cirilo- más que un agujero abierto, si él solo basta para que se vaya a pique?»

Dirás: «Yo no puedo resistir a mi pasión dominante.» Respondo: Una voluntad resuelta triunfa de todo, con la divina ayuda, que nunca falta.

* * *

La mortificación EXTERNA se endereza a vencer los apetitos sensuales.

Los mundanos tachan de crueles a los Santos. ¡Cómo! -exclaman-. ¡Ensañarse contra el propio cuerpo negándole todas las satisfacciones de los sentidos y atormentándole con cilicios, disciplinas y otras penitencias!.- «Nosotros somos crueles -les responde San Bernardo- no perdonando a nuestra carne, pero vosotros, perdonándola, sois mucho más crueles; porque satisfaciendo sus apetitos en esta vida, os preparáis los más espantosos tormentos por toda la eternidad.»

Replican los amadores del mundo: Santo y bueno que se nieguen al cuerpo los placeres prohibi-

dos; mas ¿para qué imponerle mortificaciones externas, cuando sólo es necesaria la mortificación interna, o sea, de la voluntad? Respondo: Cierto que hay que mortificar principalmente la voluntad; pero también hay que mortificar la carne; porque, con un cuerpo inmortificado, es casi imposible obedecer a Dios. Que por eso, San Juan de la Cruz alza la voz contra los que enseñan que no es necesaria la mortificación exterior: Al director que tiene poca cuenta con la maceración de la carne -añade el Santo (25)- no hay que darle crédito, aunque haga milagros.

La práctica de la mortificación externa consiste:
1º.- En mortificar Los ojos.

Por los ojos entran en el alma las primeras saetas que abren heridas en ella y le producen la muerte. El demonio se sirve de los ojos como de terribles garfios para arrastrar casi irresistiblemente al pecado.

Cierto filósofo gentil, para librarse de los ataques de la impureza, se arrancó ambos ojos. No nos es permitido a nosotros privarnos de la vista por medio del hierro; pero debemos vivir como ciegos por medio de la mortificación. «Si no quieres que el enemigo entre en la plaza -decía San Francisco de Sales,- es menester que tengas cerradas las puertas.»

(25) Su Santidad Pío XI le acaba de declarar Doctor de la Iglesia. - EL TRADUCTOR.

Absténete, pues, de mirar cualquier objeto que pueda excitar alguna tentación. San Luis Gonzaga no se atrevió nunca a levantar la vista ni siquiera para mirar la cara de su madre. Si acaso tropezaren nuestros ojos con algún objeto peligroso, al menos nunca fijemos en él la mirada; porque - conforme lo advierte San Francisco de Sales - lo que pierde no es tanto el ver como el mirar fijamente.

Toma, por consiguiente, la inquebrantable resolución de estar siempre sobre aviso para tener muy a raya los ojos.

¡Cuántos, por no mortificar la vista, están ahora en el infierno!

2º.- En mortificar LA LENGUA, absteniéndose de la murmuración y de palabras injuriosas o deshonestas.

Una palabra obscena, dicha en una conversación, aunque por chanza, podría dar gravísimo escándalo y ser ocasión de muchos pecados. Y adviértase aquí que a las veces más daño hace una palabra embozada o de doble sentido, dicha con agudeza, que otra abiertamente obscena.

3º.- En mortificar LA GULA.

Decía San Andrés Avelino que para empezar a llevar vida cristiana es preciso comenzar por la mortificación de la gula.

«Se ha de comer para vivir, -decía San Francisco de Sales- no vivir para comer.» Muchos no parece

sino que viven para comer, y de este modo pierden la salud del alma y también la del cuerpo. Y, en efecto, ¿de dónde provienen casi todas las enfermedades, sino de la intemperancia en la comida? Y, lo que es mucho peor, de ella proviene también de ordinario la incontinencia. ¿Cómo podrá verse libre -exclama Casiano- de los estímulos de mil y mil tentaciones impuras el que se llena de manjares y licores fuertes, como vino, aguardiente y otros semejantes?

Pero ¿qué? -se dirá- ¿Habrá que privarse de todo alimento? - Nada de eso. Pero hay que comer como hombre y no como bruto. Y si no queréis ser molestados por tentaciones deshonestas, absteneos de la demasiada comida de carne y del demasiado vino.

No des vino a los reyes (26) -dice el Espíritu Santo. Por reyes se ha de entender aquí a los que tienen los sentidos bajo el yugo de la razón. El mucho vino hace perder la razón y produce, además de la embriaguez, que es ciertamente un pecado mortal, el vicio de la impureza.

Ni os pese practicar de cuando en cuando algún ayuno o abstinencia. ¡Hay tantos que ayunan a pan y agua todos los Sábados en honor de la Santísima Virgen! No dejéis de hacerlo vosotros siquiera en las vigili­as de sus principales festividades. Guardad

(26) *Noli, noli regibus dare vinurn. (Prov., XXXI, 4.)*

por lo menos, los ayunos de obligación, pero no tomando quince o quizá veinte onzas en la colación, ateniéndoos al dicho tan en boga: Basta con no hartarse. No, esto no basta; pues en los días de ayuno eclesiástico no se puede tomar por la noche más de *ocho onzas*, y ello en virtud de una costumbre que ha acabado por prevalecer sobre la antigua práctica *de una sola comida*.

4°.- En mortificar los OÍDOS, cerrándolos a las conversaciones deshonestas y a la murmuración, para no hacerse cómplice en los delitos ajenos.

5°.- En mortificar el TACTO, procurando guardar toda la modestia y cautela posible así en el tratamiento del propio cuerpo como respecto del de los demás.

¿A qué tantas precauciones? exclaman algunos. Al fin y al acabo bien puede uno bromear y divertirse... Respondo: Sí, por cierto; pero no con el fuego.

3. Práctica de la caridad con los prójimos.

El que ama a Dios ama también a los prójimos; y quien no ama a los prójimos, tampoco ama a Dios. *Tenemos este mandamiento: de Dios -escribe el Discípulo Amado- que quien ama a Dios ame también a su hermano. (27)*

(27) Hoc mandatum habemus a Deo: ut qui diligit Deum, diligat et fratrem suum. (*Jn.*, IV, 21.)

La regla del amor a los prójimos es ésta: *Amarás al Señor, Dios tuyo, de todo tu corazón... y al prójimo como a ti mismo.* (28) Debemos, pues, amar a Dios sobre todas las cosas; después, a nosotros mismos; y en fin, al prójimo como a nosotros mismos.

A los prójimos hemos de amarlos con caridad INTERNA y EXTERNA.

Con caridad INTERNA les amamos:

1º.- Si les deseamos el bien que queremos para nosotros, y nos alegramos del que hayan conseguido, y si, por el contrario, nos entristecemos por su mal.

2º.- Si evitamos el juzgar o sospechar mal de él sin fundamento. Y en esto consiste la práctica de la caridad interna.

* * *

La de la caridad EXTERNA consiste:

1º.- En evitar hasta la más ligera sombra de murmuración, hablando bien de todos; y cuando no se puede disculpar una falta, disculpar por lo menos la intención. Así como Dios y los hombres detestan al murmurador, así les agrada el que de todos habla bien.

2º.- En evitar los chismes, o sea, el referir a uno el mal que otro haya dicho de él; pues de aquí nacen

(28) *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo... et proximum tuum sicut teipsum.* (Lc., X, 27.)

no pocas veces largas enemistades y deseos de venganza. La Sagrada Escritura dice que son aborrecibles a Dios los que siembran discordias.

3°.- En evitar toda palabra que pueda ofender al prójimo, aun cuando se diga en broma. ¿Te gustaría a ti que, tratándote como tú tratas a los demás, te pusiesen en ridículo?

4°.- En evitar cualquier altercado, pues a veces por una nonada se arman contiendas que pasan a injurias y rencores. Por lo tanto, procúrese no contradecir a nadie, sino decir sencillamente el propio parecer al ser preguntado, y luego quedarse en paz.

5.°- En hablar con mansedumbre y dulzura, aún a los inferiores, y con la misma dulzura responder a quien nos diga o haga alguna injuria; así se le calmará: *La respuesta suave* -dice el Espíritu Santo- *quebranta la ira.* (29)

Y si se está alterado interiormente, callar por entonces, porque la pasión le obligará a traspasar los límites de la prudencia, haciéndole creer que es preciso dar muestras de enojo, cuando a buen seguro que de ello se arrepentirá después. «Nunca me enojé -decía San Francisco de Sales- sin que tuviera después que arrepentirme.»

E igualmente hay que saber esperar cuando el prójimo se muestra irritado, por más necesidad que

(29) Responsio mollis frangit iram. (*Prov.*, XV, 1.)

haya de amonestarle o corregirle; pues no hará ningún caso de lo que entonces se le diga.

6°.- En hacer al prójimo todo el bien que se pueda, así espiritual como temporal, teniendo presente aquello de la Escritura: *La limosna libra de todo pecado, y de la muerte eterna, y no dejará caer el alma en las tinieblas del infierno.* (30) La limosna, pues, libra del pecado y del infierno; y por limosna se entiende cualquier ayuda que se dé a los prójimos.

Pero la limosna de mayor mérito es la que se hace a su alma, verbigracia, corrigiéndole con dulzura y oportunamente, siempre que sea posible.

Y ¿a mí qué me importa? -dicen algunos a este propósito.- Pues te debe importar, y mucho, como a todo cristiano. Quien ama Dios, quiere verle amado de todos.

7°.- En visitar, asistir y consolar a los enfermos, aun cuando ellos no se muestren agradecidos, esperando únicamente de Dios la recompensa.

8°.- En hacer bien a los enemigos. Tratándose de los amigos, somos todo caridad. Jesucristo empero ha dicho: *Haced bien a los que os aborrecen.* (31) Y en esto cabalmente se dan a conocer los verdaderos cristianos.

(30) Eleemosyna ab omni peccato et a morte liberat, et non patietur animam ire in tenebras. (*Tob.*, IV, 11.)

(31) Benefacite his, qui oderunt vos. (*Mt.*, V, 44.)

Si no podemos hacer otra cosa por los que nos persiguen, roguemos a lo menos a Dios por ellos, como nos lo manda Jesucristo por estas terminantes palabras: *Orad por los que os persiguen y calumnian.* (32) Tal es la venganza de los Santos. El mismo Divino Salvador ha dicho: *Perdonad, y se os perdonará.* (33) Más aún: la señal más cierta de que un alma es amada de Dios es que ella ame aquel de quien ha recibido alguna ofensa.

9°.- En socorrer a las Benditas Ánimas del Purgatorio.

Debemos sacrificarnos por los prójimos -dice el Angélico Doctor- no sólo durante su vida, sino también después de su muerte. Ahora, pues; las penas que sufren las Benditas Ánimas del Purgatorio son mayores que cuantas se pueden sufrir en este mundo; y, además, encerradas en aquella cárcel de expiación, las santas prisioneras no pueden aliviárselas por sí mismas, por manera que se hallan en la más extrema necesidad. Un monje del Cister, apareciéndose después de su muerte al sacristán de su convento, le dijo: «Ayúdame, Hermano mío, con tus oraciones; pues yo no puedo alcanzar nada por mí mismo.»

Veamos, pues, de socorrerlas en la medida de nuestras fuerzas, bien mandando decir alguna Misa

(32) *Orate pro persequentibus, et calumniantibus vos. (Ibid.)*

(33) *Dimittite, et dimittimini. (Lc., VI, 37.)*

por ellas, u oyéndola, bien dando alguna limosna en su sufragio, o haciendo oración, aplicándoles las indulgencias que se puedan; que ellas se mostrarán agradecidas alcanzándonos de Dios muchas gracias, ya desde ahora antes de salir del Purgatorio, y luego en el Cielo, si, gracias a nuestra caridad, llegan más pronto a esa Patria bienaventurada.

4. De la paciencia.

La paciencia -dice Santiago- perfecciona la obra.
(34)

Y, así como es la obra perfecta, de un alma, así también le merece la eterna Bienaventuranza.

Este mundo es lugar de méritos, y, por lo tanto, no de reposo, sino de trabajos y padecimientos: el Señor no nos ha puesto en él, sino para que, a fuerza de paciencia, logremos la palma celestial.

Mientras peregrinamos por este valle de lágrimas todos tenemos que sufrir: el que sufre con paciencia, sufre menos y se salva; y el que padece con impaciencia, sufre más y se condena. ¡Cuán torpemente yerran los que osan decir: Dios nos manda cruces y trabajos para perdernos! Lo cierto es que el Señor nos los manda para salvarnos y, haciéndonos allegar más méritos, darnos nuevos grados de

(34) Patientia autem opus perfectum habet. (*Jac.*, I, 4.)

gloria en el Cielo; pues los padecimientos, las adversidades, en una palabra, las tribulaciones han de formar las más brillantes perlas de nuestra corona eterna.

Al vernos, pues, en trabajos, consolémonos y demos gracias a Dios, diciendo: Señal es de que Dios me quiere salvar; o también: El Señor me castiga en esta vida, donde las penas son ligeras y de corta duración, para no tener que castigarme en la otra, donde los tormentos son terribísimos y eternos. ¡Ay del pecador a quien mientras vive todo le sale a la medida de sus deseos! ¡Oh! Y ¡qué infierno le tiene reservado la Divina justicia en la Eternidad!

«No hay trabajo -decía Santa María Magdalena de Pazzis- por penoso que sea, que no se torne dulce y deleitable poniendo los ojos en Cristo crucificado.» Y San José de Calasanz añadía: «No es posible gozar de Jesucristo, si no se padece con Él.» Cruces exteriores, como: enfermedades, dolores, pobreza, humillaciones, pérdida de parientes y amigos; cruces interiores, como: disgustos, tedios, tentaciones, sequedades y desolaciones espirituales, todo se acepta cuando se ama a Jesucristo, y se goza de inalterable paz. Y ¿de qué sirve impacientarse y enojarse al sentir el dardo de la tribulación? Fuera de que con ello se agrava el dolor y trabajo presente, hacéanse más y más espantosos los suplicios venideros. «Cuando se arrastra a desgana la cruz -es-

cribió la Santa Madre Teresa de Jesús- su peso parece incomportable; mas para el que abraza la cruz que Dios le envía, es suave de llevar y no le cansa.

«Tened entendido -decía San Felipe Neri- que en este mundo no hay purgatorio, sino paraíso o infierno: el que se ve en trabajos y lo lleva todo con paciencia, goza de un paraíso anticipado; el que no sufre con paciencia, tiene un infierno anticipado.»

Vengamos ya a la práctica de esta virtud.

* * *

La paciencia se ha de practicar:

1º.- En las ENFERMEDADES. La enfermedad es la piedra de toque de la virtud de una persona mostrando si es oro de ley o sólo vil metal: algunos son devotos cuando disfrutan de buena salud; pero, visitados por la enfermedad, se impacientan, se quejan de todos, se entregan a la tristeza y cometen un sinnúmero de faltas; es el plomo que aparece en lugar del oro. «Practíquese la paciencia en las enfermedades -decía San José de Calasanz-, y no habrá más quejas en el mundo.»

Pero ¡cómo! -me dirás- ¿No me sobra razón para quejarme a mí, que no puedo ir a la iglesia, ni comulgar, ni oír Misa, ni hacer nada?

- Y ¿cómo te atreves a decir que no puedes hacer nada, como si hacer la voluntad de Dios no fuera lo mejor que podemos hacer? Díme: ¿por qué quieres

practicar esos ejercicios piadosos? ¿No es acaso para dar gusto a Dios? Pues cabalmente el gusto y beneplácito de Dios está ahora en que practiques la paciencia en la dolencia que te aqueja, sin cuidarte para nada de esos ejercicios de piedad. «Más se gana padeciendo que trabajando» -decía San Francisco de Sales.

Sobre todo cuando la enfermedad es mortal, se ha de practicar con la mayor perfección la paciencia, que entonces consiste en decir con todas veras: Si Dios así lo quiere, gustoso acepto la muerte.

Ni digas: «Ahora no estoy preparado; debería vivir aún algún tiempo para hacer penitencia de mi mala vida pasada.» Porque, ¿cómo sabes tú que vas a emplear ese tiempo en hacer penitencia y que no vas, por el contrario, a caer en pecados más graves que los pasados? ¡Cuántos ha habido, que, después de haber salido de una enfermedad mortal, han sido peores que antes y se han condenado, al paso que, si hubiesen muerto de aquella enfermedad, hubieran quizás tenido la dicha de salvarse!

Por consiguiente, si Dios quiere que dejes esta vida, confórmate con su santísima voluntad dale gracias por la señalada merced que te dispensa de hacerte morir fortalecido con los Sacramentos de la Iglesia, y tras esto, con la mayor tranquilidad y sosiego, espera el momento de la muerte y arrójate en brazos de la divina misericordia; pues basta, para

asegurar y poner en cobro la eterna salvación, aceptar la muerte conformándose en un todo con la adorable voluntad del Señor.

Se ha de practicar la paciencia:

2°.- En la MUERTE DE LOS PARIENTES Y AMIGOS.

¡Cuántos por la muerte de un pariente quedan inconsolables, hasta llegar a abandonar la oración, los Sacramentos y todas sus devociones! Algunos llegan aquejarse del mismo Dios. «Por qué -le dicen- permitir tal desgracia?»

-¡Qué temeridad! Díme: ¿qué pretendes con ese enfado y mal humor? ¿Crees, acaso, que ese proceder es del agrado del difunto? ¡Ay! Que no haces más que disgustarle, así a él, como a Dios. Lo que desea el pariente es: primeramente, que su muerte sirva para unirte más estrechamente a Dios, y luego que ruegues por su pobre alma, que tal vez está penando en el Purgatorio.

Se ha de practicar la paciencia:

3°.- En la POBREZA.

Si el Señor te envía la pobreza y aun llega a faltarte lo necesario, di siempre: Dios mío, Vos solo me bastáis. Con este acto de resignación allegarás tesoros para el Cielo. Quien posee a Dios, posee todos los bienes.

Paciencia asimismo en la pérdida de los intereses, de las esperanzas y de las personas que eran nuestro sostén. Resignémonos en el divino querer,

y Dios mismo cuidará de nosotros; resignémonos, aun cuando todo contraríe nuestros gustos; pues el Señor lo quiere así para poner a prueba nuestra paciencia, hacernos atesorar más rico caudal de méritos y prepararnos en el Cielo mayores riquezas.

Se ha de practicar la paciencia:

4º.- En las HUMILLACIONES Y PERSECUCIONES.

Dirás tal vez: Pero ¿qué mal he hecho yo para verme así perseguido, para tener que sufrir tal afrenta?

Hermano, pregúntaselo a Jesucristo, y escucha lo que te responde: «Y Yo ¿qué mal había hecho para que me condenasen a sufrir tantos dolores a ignominias, y, al cabo, a morir en un patíbulo infame?»

Habiendo sufrido tanto Jesucristo por tu amor, ¿será mucho que sufras tú un poco por amor de Jesucristo?

Fuera de esto, quizá, en la vida pasada, has cometido algún pecado mortal; y en este caso, piensa que deberías estar en el infierno sufriendo desprecios y persecuciones harto mayores de parte de los demonios.

¿Te persiguen los malos porque has cumplido con tu deber? ¡Oh! ¡Qué dicha la tuya! Pues Jesucristo dijo: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.* (35) -o sea, por ser justos- ¿No quieres que se cumpla la predicción del Apóstol: *Todos*

(35) Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam. (Mt., V, 10.)

los que quieren vivir en el mundo unidos a Cristo Jesús serán víctimas de la persecución? (36)

Se ha de practicar la paciencia:

5º.- En las DESOLACIONES ESPIRITUALES.

¿Cómo prueba Dios el amor de sus almas predilectas? Sometiéndolas a las penas que más hacen sufrir a las almas que aman a Dios, quiero decir, a las desolaciones de espíritu.

¿Qué se debe hacer en tales casos? Humillarse, someterse a la voluntad de Dios, arrojarse en brazos de su paternal Providencia; y tras esto, frecuentar como antes los Sacramentos y seguir con todas las devociones, meditaciones, visitas a Jesús Sacramentado y a la Santísima Virgen, lecturas espirituales, y esto a pesar del disgusto y de la pena que embargue al alma. -Y ¿para qué? -se dirá- Si todo está perdido- ¡Qué lo ha de estar, cuando luchando varonilmente consigo mismo, se da a Dios el mayor gusto posible!

Se ha de practicar la paciencia:

6º.- En las TENTACIONES.

Almas hay tan pusilánimes, que, si persiste mucho la tentación, se acobardan y se creen abandonadas de Dios. Sin embargo, Dios no permite las tentaciones sino para nuestro bien: quiere que nos hu-

(36) Et omnes, qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur. (*II Tim.*, III, 12.)

millemos, que hagamos esfuerzos generosos para resistir sus embates, que acudamos a El con más ardor y constancia, que así le amemos con más acendrado y perfecto amor, y, en fin, que atesoremos más rico caudal de méritos para la Eternidad. *Porque eras agradable a Dios* -dijo el Arcángel San Rafael a Tobías- *fue menester que te probase la tentación.* (37) Por cada tentación vencida se ganan nuevos grados de gloria, y cada victoria nos comunica nuevas fuerzas para vencer la tentación venidera. *Fiel es el Señor* -dice el Apóstol- *y no permitirá seáis tentados más de lo que pueden sobrellevar vuestras fuerzas; sino que aun os hará sacar provecho de la tentación.* (38)

Sin duda que debemos pedir al Señor que nos libre de las tentaciones; pero cuando éstas nos acometen, resignémonos a la adorable voluntad de Dios, rogándole juntamente que nos dé fuerzas para resistirlas. Combatido San Pablo de tentaciones impuras, pidió al Señor que le librase de ellas; mas el Señor le respondió: *Bástate mi gracia; pues mi poder se muestra mejor en la flaqueza.* (39)

(37) Et quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te. (*Tob.*, XII, 13.)

(38) Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id, quod potestis; sed faciet etiam cum tentatione proventum. (*Cor.*, X, 13.)

(39) Saufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perficitur. (*II Cor.*, XII, 9.)

En las tentaciones impuras, sobre todo, menester es primeramente desecharlas apartando de ellas el pensamiento y resistiéndolas por medios indirectos, sin ponerse a combatir las cara a cara y a pecho descubierto; luego desconfiar de sus propias fuerzas y, por consiguiente recurrir a Jesucristo e implorar su divino auxilio; y, por último, no dejar de rogar, mientras persista la tentación, diciendo y repitiendo: Jesús mío, ayudadme; Virgen Santísima, socorredme. Más aún: la sola invocación de los poderosísimos Nombres de Jesús y María bastará para rechazar victoriosamente cualquier asalto, para triunfar de cualquier violencia del Infierno.

Es así mismo un buen medio contra las tentaciones impuras hacer la señal de la Cruz en la frente y en el pecho. San Antonio, Abad, con la señal de la cruz triunfaba de todas las tentaciones impuras.

Es también muy poderoso medio para vencer en semejantes tentaciones descubrirlas al Padre espiritual «Tentación descubierta -decía San Felipe Neri- es tentación medio vencida.»

5. Práctica de la conformidad con la voluntad de Dios.

La suma de la santidad y perfección de un alma está cifrada en amar a Dios, y el amor a Dios se cifra en hacer su santísima voluntad. Esta es nues-

tra vida, como lo dice el Salmista: *En la divina voluntad está la vida* (40).

El que cumple la voluntad de Dios, goza en todo tiempo de las dulzuras de la paz, y ni las mismas cruces tienen nunca amargura alguna para él. «Dios así lo quiere; tal es la voluntad de Dios» -dicen las almas santas, y así encuentran la dicha aun en las pruebas y contrariedades de la vida. *Ningún acontecimiento* -dice el Espíritu Santo- *podrá contristar al justo.* (41)

Mis negocios -me dices- andan muy mal: Dios me envía desgracias sobre desgracias. Tú eres, Hermano mío, tú eres el que andas mal, por no saber resignarte a la voluntad de Dios: resígnate, y todo andará bien, y todo te servirá de provecho. El Señor te envía cruces, y tú las truecas en mal y daño tuyo: si las recibieses con resignación de sus bondadosas manos, las mirarías como lo que en hecho de verdad son: tesoros celestiales y no desgracias. «Las penalidades sufridas por amor y servicio de la divina Majestad -dice el Padre Baltasar Alvarez- son postas con que se corren los trechos que hay de las almas a Dios.» (42)

* * *

(40) Et vita, in voluntate Ejus. (*Ps. XXIX, 6.*)

(41) Non censtristabat justum quidquid ei acciderit. (*Prov., XII, 21.*)

(42) Vida, Cap. LI.

Debemos conformarnos con el divino querer:

1°.- En las ENFERMEDADES

A los ojos de los mundanos, las enfermedades no son más que miseria y dolor, al paso que, a los ojos de los santos, son visitas y regalos y mercedes de Dios.

Cierto que un enfermo debe usar de remedios para sanar, pero sometiéndose a las disposiciones de la Providencia. Bien puede pedir a Dios que le devuelva la salud, pero resignándose a la divina voluntad; de otra suerte, Dios no atenderá a sus ruegos. Tenga, además, bien presente lo mucho que gana al ofrecer a Dios los padecimientos que le ocasiona la enfermedad. Cuando de veras se ama a Dios, no se desea curar para sufrir más, y, mientras dura la enfermedad, se sufre para dar gusto a Dios. Los santos Mártires, porque amaban a Dios, arrostraron con alegría los azotes, los ecúleos y uñas de hierro, las planchas candentes.

Principalmente hemos de conformarnos con la voluntad de Dios en las enfermedades mortales.

Aceptar la muerte que Dios nos tenga deparada, y aceptarla al verse ya en sus brazos, para conformarnos con la divina voluntad, es merecer el galardón de los Mártires; porque todo el mérito de los Mártires proviene de que abrazan los tormentos y la muerte para dar gusto a Dios. Por consiguiente, el que muere en el ejercicio de la conformidad con

la voluntad, de Dios muere santamente; y cuanto más nos conformemos entonces con la divina voluntad, más santa será nuestra muerte. Luis de Blois asegura que un acto de perfecta conformidad, hecho en el trance de la muerte, libra del infierno y aún del Purgatorio.

* * *

Debemos conformarnos con la voluntad de Dios:

2º.- En lo que atañe a DEFECTOS NATURALES, como, poco talento, bajo nacimiento, salud quebradiza, mala vista, ineptitud para los cargos y otros defectos semejantes.

Todo lo que hemos recibido de Dios es pura limosna. ¿No hubiera podido Dios criarnos mosquitos o yerbecillas? Y ¿qué éramos hace cien años? Nada. Pues ¿qué pretensiones podemos abrigar? Bástanos que el Señor nos haya dado la posibilidad de llegar a ser santos a pesar de la cortedad de nuestros alcances, de nuestra falta de salud, de nuestra pobreza y humilde nacimiento: para ello sólo tenemos necesidad de la gracia, que tenemos siempre que lo queremos. Buena salud, nobleza, hermosura, riquezas, talentos, ¡ah!, ¿para cuántos desdichados no han sido causa de su eterna perdición? Contentémonos con ser lo que Dios nos ha hecho, y no cesemos de darle gracias por los beneficios de que nos ha colmado, y sobre todos, por el don de la santa

Fe. ¡Oh! Y ¡qué soberano don es éste! Y ¡cuán contados son, desgraciadamente, los cristianos, que saben agradecérselo a la Divina Bondad!

* * *

Debemos conformarnos con la voluntad de Dios:
3°. En las CONTRARIEDADES TODAS DE LA VIDA.

No escasean, por cierto: pérdida de la hacienda, desengaños; muerte de los parientes, junto con las afrentas e injusticias que nos vienen de los hombres.

Dios -me dirás- no quiere el pecado. ¿Cómo, pues, queréis que me resigne a la voluntad de Dios, cuando esa persona me calumnia, me insulta, me hiere, me engaña, siendo así que, al hacerlo, va contra la voluntad de Dios?

Cierto -responderé- cierto que Dios no quiere en manera alguna el pecado del que así lo agravia, sino que únicamente lo permite: lo que Dios quiere es esta contrariedad que esa persona te causa injustamente. En fin de cuentas, esta cruz te viene de Dios, bien que por medio del prójimo; debes, pues, recibirla como lo que es en hecho de verdad: un regalo de Dios, sin tener la osadía de pedirle cuentas. «Si tan sólo queréis llevar las cruces cuya razón se os alcanza -decía Santa Teresa- no estáis cortados para la perfección.»

* * *

Debemos conformarnos con la voluntad de Dios:

4°. En las SEQUEDADES Y DESCONSUELOS ESPIRITUALES.

Al que en la meditación, en la Comunión, en las visitas al Santísimo Sacramento y demás ejercicios de piedad sólo experimenta tedio y fastidio, ha de bastarle el saber que cuanto hace es muy del agrado del Señor. Y es así; pues los ejercicios de piedad que practicamos tanto más le agradan a Él cuanto menos gusto tenemos nosotros en ellos.

No hay tiempo más a propósito para conocer nuestra miseria e impotencia que el de aridez y desolación espiritual. En estos casos, humillémonos, resignémonos, arrojémonos con entera confianza en brazos de la Divina Providencia y digamos: Señor, no merezco vuestros consuelos; sólo deseo que tengáis piedad de mí y no permitáis que pierda vuestra gracia; después, disponed de mí como fuere de vuestro agrado Obrando de esta suerte, ganaremos más en un día de sequedad y desolación que en un mes de dulces lágrimas y tiernos afectos.

En lo que principalmente ha de ejercitarse el alma desolada es en ofrecerse al Señor, para que disponga de ella según fuere servido; y así, en las meditaciones, Comuniones y visitas a Jesucristo Sacramentado, no se le ha de caer de los labios esta plegaria: *Haced, ¡oh, Dios mío!, que cumpla en todo vuestra santísima voluntad.*

Hacer la voluntad de Dios es el fundamento de toda virtud; no cesemos, pues, de repetir esta jaculatoria: *Fiat voluntas Tua: Hágase Tu voluntad; y esto en todo cuanto nos acaeciere, por insignificante que sea: si se apaga una luz, si se rompe un vaso, si tropezamos en una piedra, digamos siempre: Hágase la voluntad de Dios.*

En los contratiempos y reveses de fortuna, en la muerte de los parientes, en cualquier suceso desagradable, digamos y repitamos: *Señor, ya que Vos así lo queréis, así también lo quiero yo.*

Cuando nos amenace algún mal temporal, digamos también: *Señor, yo no quiero sino lo que Vos queréis.*

Hagámoslo siempre así, y Dios estará contento y nosotros gozaremos de inalterable paz.

6. Práctica de la rectitud y pureza de intención.

La rectitud de intención consiste en hacerlo todo con la mira de agradar a Dios. Lo que hace el hombre es bueno o malo a los ojos de Dios, según fuere buena o mala la intención con que lo hace. «El Señor -decía Santa María Magdalena de Pazzis- premia las obras a medida de la pureza y rectitud de intención.»

La practica de esta recta intención consiste:

1º.- En buscar en TODAS NUESTRAS BUENAS OBRAS el agradar a Dios y no a nosotros mismos; pues quien

obra por propia satisfacción no puede esperar de Dios recompensa alguna, por santas que sean desuyo las obras que practique. Bien puede uno afanarse e imponerse los mayores sacrificios predicando, confesando, asistiendo a los enfermos, practicando todo género de obras buenas, todo es trabajo perdido, si, en vez de buscar a Dios, se busca a sí mismo.

Es señal de que se obra para agradar a Dios cuando no se buscan las alabanzas ni se espera gratitud de los hombres; cuando no se inquieta uno si la cosa, por buena y excelente que sea, no tiene buen resultado, y cuando se alegra lo mismo del bien obrado por otro que del suyo propio.

Si, después de haber uno hecho una buena obra con la única mira de agradar a Dios, recibe plácemes y parabienes, no debe esforzarse desasosegadamente en rechazar la vana gloria, sino que basta que diga sencillamente: A Dios solo toda honra y gloria.

Si el temor de la vanagloria retrae a uno de edificar a los prójimos con alguna buena obra, se ha de traer a la memoria para desvanecer toda duda lo que dice el Señor en el Evangelio: Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y den gloria a vuestro Padre que está en los Cielos. (43)

(43) Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cælis est. (*Mt.*, V, 16.)

Así, pues; Dios quiere que, haciendo el bien, se edifique al prójimo; y, por lo mismo, en todas nuestras buenas obras hemos de tener puesta la mira primero en agradar a Dios y después en dar buen ejemplo a los prójimos.

* * *

2º.- Consiste, además, la práctica de la recta intención en hacer hasta LAS OBRAS MÁS INDIFERENTES, como trabajar, comer, dormir, recrearse honestamente, para dar gusto a Dios; pues la rectitud de intención es como una celestial alquimia por la que el hierro se transforma en oro, quiero decir, el verdadero medio para hacer que las acciones más ordinarias y comunes se tornen en amor de Dios.

«Obrando siempre con pureza y rectitud de intención -decía Santa María Magdalena de Pazzis- se logrará la dicha de ir al Cielo sin pasar por el Purgatorio.»

Se refiere de un santo solitario que a cada obra que hacía estaba primero un poco parado y mirando al cielo; y preguntado qué hacía, respondió: «Procuró no errar el golpe.» Hagamos nosotros lo mismo: antes de cada acción, veamos de no errar el golpe, diciendo: *Dios mío, ante todo, vuestro gusto.*

7. Prácticas contra la tibieza.

Es, en verdad, deplorable y peligroso el estado del alma que no hace cuenta de los pecados venia-

les y vive en la tibieza, sin trabajar seriamente por salir de ella.

No hablo aquí de faltillas cometidas por pura fragilidad, como palabras inútiles, disipación interior, pequeños descuidos, sino de aquellos pecados veniales que se cometen a cara descubierta, deliberadamente, que se cometen sobre todo por costumbre.

Decía la Seráfica Madre Santa Teresa a sus monjas: «Mas pecado, por chico que sea, que se entiende muy de advertencia que se hace, Dios nos libre de él» (44). «Las murmuraciones y aversiones leves, -añade el Padre Alvarez de Paz- las curiosidades culpables, las impaciencias, las ligeras intemperancias no dan muerte al alma, mas tórnanla tan débil, que, acometida por una violenta tentación, no tiene la fuerza necesaria para resistir y cae. (45)» Y es que los pecados veniales voluntarios, no sólo debilitan el alma, sino que además la privan de los divinos auxilios.

Y ¿quién duda que es muy puesto en razón que Dios no se muestre generoso con los que son mezcquinos con Él? *Quien poco siembra -dice el Apóstol- poco recoge.* (46) Y cuanto más señaladas son las gracias que uno ha recibido, más debe temblar al sólo pensamiento de tibieza, sobre todo si sus fal-

(44) *Camino de perfección*, c. LXXII.

(45) *De Perf.*, L. V, p. II, c. 16.

(46) *Qui parce seminat, parce et metet.* (*II Cor.*, IX, 6.)

tas consisten en apego a alguna pasión: ambición, codicia, odio, afecto desordenado a alguna persona. Con harta frecuencia esas almas, esclavas voluntarias de alguna pasión, bien así como los jugadores después de grandes pérdidas, llegan a jugar el todo por el todo y acaban por perderlo todo. ¡Desventurada el alma, a la que ciega la pasión y le impide ver lo que hace!

* * *

Los remedios para que el alma recobre su antiguo fervor, son los siguientes:

1º.- *Tener deseo de salir de tan deplorable estado.* Los buenos deseos aligeran el peso del trabajo y comunican alientos para adelantar. Estemos bien persuadidos de que no adelantar en los caminos de Dios es retroceder, y retroceder siempre hasta hundirse en el fondo del abismo.

2º.- *Conocer sus defectos, particularmente la pasión dominante.* Examinar seriamente si es la ira, la ambición, el apego desordenado a una persona o al dinero. Una voluntad resuelta triunfa de todo con la gracia de Dios.

3º.- *Romper con la ocasión.* No hacerlo; sería inutilizar las más hermosas resoluciones.

4º.- *Desconfiar de sí mismo,* y, por consiguiente, *rezar continua y confiadamente,* para que el Señor ampare y socorra al alma en todos los peligros y la

preserve de las tentaciones en que sucumbiría. Este es el remedio principal; y a este fin decimos en el PADRENUESTRO: *Y no nos dejes caer en la tentación.* (47) A este mismo fin nos dice Jesucristo: *Pedid, y recibiréis.* (48) Promesa de Dios, promesa infalible: Él que pide recibe.

Menester es, de consiguiente, rezar siempre, siempre. Quisiera decirlo y repetirlo sin cesar: Es preciso rezar siempre, es preciso rezar siempre clamando: Dios mío, ayudadme; venid presto en mi socorro.

8. Práctica de la devoción a la Santísima Virgen.

Seguro estoy, piadoso lector, de que no ignoras cuánto importa para la eterna salvación el ser devoto de la Virgen Nuestra Señora. Si quieres convencerte de ello más y más, te ruego encarecidamente que leas mi libro de LAS GLORIAS DE MARÍA. (49)

Baste señalar aquí las prácticas en que has de ejercitarte para lograr la protección de ésta soberana Reina.

(47) Et ne nos inducas in tentationem. (*Mt.*, VI, 13.*Lc.*, XI, 4.)

(48) Petite, et accipietis. (*Jn.*, XVI, 24.)

(49) *Las Glorias de María* por San Alfonso M^a de Liguorio (Editorial Apostolado Mariano).

1°.- Por la mañana al levantarte, y por la noche al acostarte, reza TRES AVEMARÍAS, añadiendo esta corta invocación: ¡OH, MARÍA! POR VUESTRA PURÍSIMA E INMACULADA CONCEPCIÓN, HACED CASTO MI CUERPO Y SANTA MI ALMA; y poniéndote luego bajo su protección, a fin de que te libre de todo pecado, así durante el día, como durante la noche.

Reza *un Avemaría*, al oír el reloj -al entrar o salir- al pasar por delante de algún cuadro o imagen de la Santísima Virgen - al principio y al fin de cada una de tus acciones espirituales o temporales: estudio, trabajo, comidas, descanso.

2°.- Reza cada día siquiera la tercera parte del Rosario, o sea, cinco dieces, meditando los misterios.

Muchas personas piadosas rezan también el Oficio de la Santísima Virgen. Será bien que reces al menos el Oficio del Stmo. Nombre de María, bien corto, por cierto, pues solo consta de cinco salmos.

3°.- Cada día, reza TRES PADRENUESTROS Y TRES AVEMARÍAS a la Santísima Trinidad, dándole gracias por haber dispensado tantos favores y privilegios a la Sacratísima Virgen: es ésta una práctica de devoción muy del agrado de la celestial Señora, como Ella misma se dignó revelarlo.

4°.- Los Sábados, al menos las vísperas de las siete fiestas principales de la Virgen, AYUNA A PAN Y AGUA; y, si esto no puedes, guarda el ayuno ordina-

rio, o por lo menos conténtate con un solo plato, o abstente del que más te gusta; en fin, haz en esos días alguna mortificación en honor de María, que es tan agradecida -como te asegura San Andrés Cretese- que nunca deja de recompensar con señaladas gracias nuestros obsequios y homenajes, por insignificantes que sean.

5°.- VISITA cada día a tu excelsa Protectora ante alguno de sus cuadros o imágenes, pidiéndole sobre todo el amor a Jesucristo y la santa perseverancia.

6°.- Haz cada día UNA LECTURA sobre la Santísima Virgen, o bien, rézale UNA ORACIÓN especial.

7°.- Para prepararte a sus siete principales fiestas, haz una NOVENA de prácticas piadosas y de mortificaciones, que determinarás de acuerdo con tu confesor. Reza por lo menos NUEVE AVEMARÍAS Y UN GLORIAPATRI cada día de la novena, pidiendo una gracia especial, la que más desees.

8°.- En todo tiempo encomiéndate a la Divina Madre, especialmente en las tentaciones: no te canses de repetir: María, Madre mía, ayudadme, valedme.

9°.- Por último, si amas a la celestial Señora, procura con todas veras inspirar la devoción a la augusta Madre de Dios a tus parientes, amigos, criados, a todos aquellos con quienes tienes frecuente trato.

9. Práctica de los medios para alcanzar el amor a Jesucristo.

Jesucristo debe ser nuestro único amor, siendo como es bondad infinita y habiéndonos amado hasta el extremo de sacrificar su vida divina por nosotros. ¡Cuánto, pues, no debemos amarle!

Todos los bienes espirituales que tenemos: inspiraciones, llamamientos perdón, auxilios, esperanzas, dulzuras, tiernas aspiraciones y deseos, todo nos viene de Jesucristo! ¡Cuán obligados, pues, no le estamos!

Veamos los medios que hemos de emplear para amarle.

1°. Es menester **DESEAR AMARLE, Y PEDIRLE A MENUDO A ÉL MISMO LA GRACIA DE AMARLE**; pedírselo, sobre todo en la meditación, en la comunión y en la visita al Santísimo, y no sólo a Él mismo, sino también a la Santísima Virgen, al Santo Ángel de la Guarda y a los Santos, nuestros abogados. Enseña San Francisco de Sales que en la gracia de amar a Jesucristo están encerradas todas las gracias, pues ninguna virtud puede faltar al que ama verdaderamente a Jesucristo.

2°.- Es menester **DESTERRAR DEL CORAZÓN TODO AFECTO TERRENO**; de otra suerte, será siempre imposible amar a Jesucristo, pues en un corazón ocupado por las cosas de la tierra, no hay lugar para el

amor divino. «Todo el amor que damos a las criaturas -decía San Felipe Neri- se lo robamos a Dios.»

3°.- Es menester ejercitarse con frecuencia en hacer actos de amor a Jesucristo, particularmente en las meditaciones; porque los actos de amor son la leña con que se mantiene el fuego de la santa caridad.

Acto de amor de *complacencia*: Jesús mío, yo me gozo de que Vos seáis infinitamente dichoso y de que vuestro Eterno Padre os ame como Se ama a Sí mismo.

Acto de amor de *benevolencia*: Jesús mío, deseo vivísimamente que todos os conozcan y os amen.

Acto de amor de *preferencia*: Jesús mío, os amo sobre todas las cosas y más que a mí mismo.

Hagamos también actos de *contrición*, llamados actos de amor doloroso.

4°.- Es menester **MEDITAR A MENUDO LA PASIÓN DE JESUCRISTO.**

No hay medio más excelente que éste para encender y avivar en los corazones las llamas del santo amor. Jesucristo mismo, queriendo enseñar a un santo solitario, que ardía en deseos de amarle, lo que debía hacer para lograrlo, le dijo: «Considera frecuentemente los padecimientos y las afrentas que pasé por tu amor.»

No hay tampoco medio más eficaz; y tanto lo es, que me parece imposible meditar a menudo lo que

ha padecido nuestro Divino Redentor y no amarle. Y ¿por qué Jesucristo, pudiendo redimirnos y salvarnos con una sola gota de su Sangre y aun con una simple oración, quiso padecer tanto y derramar toda su Sangre, sino para granjearse el amor de nuestros corazones? Y, por lo tanto, ¡cuánto no se agradecerá en que se medite en su Pasión!

Así, pues, piadoso lector, haz con frecuencia la meditación sobre los dolores de Jesucristo, por lo menos el Viernes, que es el día en que se dignó morir por tu amor.

II.

MÁXIMAS ESPIRITUALES que han de ser familiares a todos los cristianos.

1. ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?

2. Todas las cosas de esta vida tienen fin; la eternidad no lo tendrá nunca.

3. Piérdase todo antes que perder a Dios.

4. Ningún pecado, por leve que sea, es un mal leve.

5. Para agradar a Dios, hay que renunciarse a sí mismo.

6. Quien obra por su propio gusto, lo pierde todo.

7. Para salvarnos, debemos temer perdernos.

8. Venga la muerte, con tal que se dé gusto a Dios.

9. Un solo mal hemos de temer: el pecado.

10. No hay más bien que el beneplácito de Dios, y esto es lo que se debe querer siempre.

11. El que no quiere sino a Dios, siempre está contento, siempre y a pesar de todo.

12. Debo figurarme que no hay en el mundo más que Dios y yo.

El mundo entero no puede contentar nuestro corazón: Dios solo le puede contentar.

13. La verdadera dicha consiste en amar a Dios; y el verdadero amor de Dios consiste en hacer la voluntad de Dios.

14. En la oración están todas nuestras riquezas: el que reza, alcanza cuanto quiere.

15. Día sin meditación, día perdido. Dejar la meditación -decía Santa Teresa- es echarse por sí mismo en el infierno. «La dejé (la meditación) año y medio...; y no fuera más, ni fue, que meterme yo misma, sin haber menester demonios que me hiciesen ir al infierno» (50).

16. No dejes pasar un solo día sin leer algún libro espiritual.

17. Los puntillos de honra son la peste de la piedad.

18. Para ser humildes de corazón, y no sólo de boca, no basta proclamarnos dignos de menosprecio, sino que es menester que nos guste ser menospreciados.

19. ¿Qué vale un cristiano, que no sabe sufrir una afrenta por Dios?

20. Cuando recibas un insulto, debes decir: Es cosa de risa.

21. Piensa en el infierno que has merecido, y cualquier trabajo te parecerá ligero.

22. Quien ama la pobreza, lo posee todo.

23. En las cosas de este mundo, hay que escoger lo peor, y en las cosas de Dios, lo mejor.

24. El alma obediente es la alegría del Cielo.

(50) Vida, c. XIX.

25. La verdadera caridad consiste en dos cosas: en hacer bien a quien nos hace mal, y en ganarle por este medio.

26. ¿De qué aprovechan las riquezas y todos los honores de este mundo, en la hora de la muerte?

27. Gran merced hace Dios al alma que llama a su amor.

28. Dios no deja sin recompensa ningún buen deseo.

29. Fuera de Dios, ningún apego es bueno, ni siquiera a las cosas buenas.

30. Seamos agradecidos, sí, seamos agradecidos, pero ante todo con Dios Nuestro Señor; y por eso, resolvámonos a no negarle cosa alguna que nos pida y, de consiguiente, a hacer siempre lo que más le agrada.

31. La mejor oración de un enfermo es esta: identificarse con la voluntad de Dios.

32. Vida santa y placeres sensuales no pueden andar juntos.

33. Quien confía en sí mismo, se anonada: quien confía en Dios, lo puede todo.

34. ¿Puede haber mayor dicha para un alma que saber que es amada de Dios?

35. Dejémoslo todo por amor de Dios, y luego al punto Dios se dará todo entero a nosotros.

36. El único camino que conduce a la santidad es el camino del padecer.

37. Por medio de las arideces y tentaciones, prueba Dios a los que le aman.

38. Quien ama a Dios y en Él confía, no puede perderse.

39. Pidamos a Dios que nos conceda una tierna devoción a su Santísima Madre.

40. ¡Oh! Y ¡con qué paz se sufre poniendo la vista en el Crucifijo!

41. El más dichoso en este mundo es el que más ama a Dios.

42. Lo que no se hace por Dios, se convierte en tormento.

43. Ninguna inquietud, aun tratándose de cosa buena, proviene nunca de Dios.

44. Con tal que se ande siempre, ciertamente se llegará.

45. El que sólo quiere a Dios, es rico y está contento: nada necesita y se ríe del mundo entero.

46. A quien no le basta Dios, nada puede bastarle; Dios, Dios, y nada más.

47. Hay que sobreponerse a todo para ganarlo todo.

Suspiros o Aspiraciones amorosas a Jesucristo.

1. Jesús mío, Vos solo me bastáis.
2. No permitáis, Amor mío, que me aparte de Vos.
3. ¿Cuándo tendré la dicha de deciros Dios mío, ya no puedo perderos?